

Centenario del Puente

ción, pero el puente habría de hacerse en madera de pino, material que, naturalmente, salía más barato en precio y transporte. Son de imaginar los sudores que tuvieron que pasar, por no poder acceder a unos materiales más sólidos; y no menos impotencia sentirían, al tener que acogerse a la solución menos mala. Los cálculos que tuvieron que hacer sobre costes y mano de obra serían de sorprender -de saberlo-.

Sorprendentemente, al año siguiente, se decide hacerlo definitivamente de piedra; y como la diputación no responde con un nuevo presupuesto, se ve obligado a costear su construcción el pueblo -al menos, iniciar las obras-, dejando los costes pendientes de lo que alcanzasen el remate de las mismas.

El pueblo se puso en marcha, aportando carruajes y caballerías que fueron acarreado la piedra y la cal. Sería de ver cómo lo llevaron a cabo dada la orografía del terreno. La piedra se extrajo de Santa Lucía -transportada en "rastras"-, y el mismo contratista se encargó de elaborar la cal en un paraje denominado Hinera. Al parecer los roquedales del pueblo daban para la obra completa.

La liquidación de cuentas para pagar los costes son difíciles de entender pues se habla de ventas -o arriendos de montes- a uno de los Cevicos, D. Jose Miguel (?), quien a su vez se había hecho cargo del monte Hicedo; se habla, también, de dineros que habían producido las "láminas" con cargo a D. Enrique Zamorano; de la

aportación de la Diputación, etc. Llama la atención el empréstito -4.000 pesetas- que hizo D. Julián Gallo Varona, médico de Escalada, y aquello que aportó la Sociedad del Porvenir de Burgos por cederles el molino del pueblo.

La nota simpática de la liquidación de gastos la ponen las dos libras de truchas que se entregan al Señor Ingeniero

-¡Hombre!, ¿se vivía tan mal que no había para regalárselas en un pueblo en el que abundaban?-, y el medio cuartillo de vino con que se invitó al cochero que puso -al parecer- la furgoneta blindada "de entonces" para traer al pueblo el dinero de la Diputación.

Sin lugar a dudas, en su día se trató de

una epopeya en la que tuvo que tuvo que participar todo el pueblo, con su trabajo y su peculio; y no serían de excepción los accidentes y bajas -cuando no muertes-, como debió de tener lugar, al menos, en un caso.

Dicen que un pueblo sin memoria es un pueblo sin presente ni futuro, por ello este modesto homenaje sirva para replicar a aquellos que redactaron la memoria final de recepción del puente: "estas generaciones -cien años después- reciben el testigo con el compromiso de pasarlo hacia otras

generaciones que -dentro de otros cien años- puedan festejarlo; y así por los siglos".

"Amén", añadiría un lego que no entiende de los designios divinos.

